

## Castro: La Espera de un Milagro Económico

por

Jorge A. Sanguinetti

Acaba de concluir en Miami la quinta reunión anual de la Asociación para el Estudio de la Economía Cubana. Muchos de los trabajos presentados coinciden en que la economía de la isla no dá muestras de superar la crisis actual. Además, las llamadas reformas están detenidas y el proyecto de ley que permite a inversionistas extranjeros “poseer” el 100 por ciento de sus empresas finalmente llegó a la Asamblea después de una larga demora.

Que Castro esté dispuesto a conceder la propiedad total de las empresas indica que no está satisfecho con el volumen actual de inversiones, de lo contrario jamás contemplaría tal concesión. El periódico *The Wall Street Journal*, en su edición del pasado 7 de agosto, informó que el volumen de las inversiones extranjeras en Cuba parece ser muy inferior a los \$2,000 millones desde 1990 que el gobierno cubano declaró, pero no demostró. La suma verdadera puede estar entre los \$200 y \$500 millones para todo ese período.

Uno pudiera preguntarse, ¿por qué Castro ha vacilado tanto para permitirle al inversionista extranjero tener el 100 por ciento de la propiedad si al fin y al cabo, él lo controla todo en Cuba: recursos, instituciones, leyes y decisiones? La respuesta tiene dos partes. Una es que Castro es ahora víctima de su propia propaganda. Tanto vilipendió en el pasado al inversionista extranjero que ahora tiene que dar una marcha atrás humillante frente a su propia gente, que aunque cada vez sean menos, son los que lo mantienen en el poder. La otra parte de la respuesta es la incompetencia administrativa del régimen. No sabe cómo crear los mecanismos para que las inversiones extranjeras sean beneficiosas para el país (o para ellos) sin estar involucrados en las operaciones diarias de esas empresas.

Pero, si Castro todavía quiere atraer inversionistas extranjeros, ¿por qué detiene el proceso de cambios internos? Yo propongo que es porque tales cambios no tienen mucho que ver con la inversión extranjera. La mayoría de las medidas adoptadas es para ajustar los gastos del gobierno a sus ingresos decrecientes, y así evitar que el valor del peso descienda demasiado y que aumente la importancia del dólar. Además, Castro montó una gran ofensiva propagandística para que se creyera que él estaba seriamente comprometido con “reformular” la economía cubana a fin de propiciar un mejoramiento de relaciones con la administración de Clinton. El principio estratégico era demostrar que, dadas las reformas, el único obstáculo que quedaba por vencer era el embargo. Por eso fue que permitieron que sus economistas Julio Carranza y Pedro Monreal fueran al seminario de la firma de abogados Shaw, Pittman, Trowbridge y Potts en Washington, el pasado mes de abril. Cuando los dos se enfrentaron allí en un debate con un grupo de economistas cubanos del exilio, quedó demostrado que las llamadas reformas no eran lo suficientemente profundas.

Este evento que incluía entre el numeroso público a varios representantes de la administración de Clinton y del Congreso de Estados Unidos, se constituyó en un obstáculo a la ofensiva castrista en

este país contra el embargo. Clinton no mordió el anzuelo. Ni siquiera dió marcha atrás en las medidas tomadas hace un año cuando limitó los viajes y las remesas de dinero a la isla. Los Castro habían sufrido una derrota importante y costosa. Raúl Castro se vió en la necesidad de criticar el evento de Washington de manera muy general en su discurso del 1ro de mayo, y de enviar una amenaza velada a los que mantienen esperanzas reformistas dentro del gobierno cubano. Fidel Castro prosiguió con su discurso del 26 de Julio recalcando (para consumo interno) la peligrosidad de tales intercambios, mientras confirmaba que no era capitalismo lo que estaban tratando de instalar en Cuba.

Entonces, ¿quiénes pueden salvar la economía cubana actualmente? ¿Los europeos? Yo creo que no, porque esos gobiernos ni tienen los recursos para transferirlos a Cuba, ni tienen el poder de forzar a sus ciudadanos a invertir en Cuba. Y, aunque pudiesen hacerlo, las oportunidades de inversión son mucho mejores en muchas otras partes del mundo. El embargo limita la rentabilidad de cualquier inversión en Cuba. Las que se realicen allá serán sólo aquéllas que tengan muy alta rentabilidad, para compensar el riesgo de invertir en la isla, pero éstas son siempre pocas. Por lo tanto, como Castro se opone a verdaderas reformas por miedo a perder su poder, sus opciones de política económica se reducen a las de encomendarse a alguna deidad afrocubana y pedirle un verdadero milagro económico que lo salve.

*Agosto de 1995*